

Pequeño mapa audible de Chile

SE NOS OCURRE que la "radio" podría darla y no otra, un ensayo de "mapa audible" de un país. Ya se han hecho los mapas visuales, y también los palpables, o sea, los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias que volviese una tierra "escuchable".

La cosa vendrá, y no muy tarde; se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angelicamente los palpos de la "radio" sobre la atmósfera brasileña o china, se nos entregará verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

*

El país, para éste como para otros mesteres, resulta arduo de socorrer y de atrapar. La caja de sonidos es larguísima. Hay que escuchar como el venado: con oreja no sólo abierta, sino tendida en tubo captador.

A estas horas comienza allá nuestro día de vivir. Es casi la mañana. En la región del Norte (pampa salitrera —costra cuprífera y de platas y oros—) resuenan barretas, picos y palas, en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado desierto de la Sal. En las pausas de silencio se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada "caliche"; piedra y sal, ganga y polvo.

El desierto de la Sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la sangre americana. El ha salido de su pelea con la costra calichera y de su vida de pecho a pecho con el mar. Cuentistas y poetas cuando quieren decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

Más abajo, sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barroteo y la picadura es la misma neta y testaruda; pero se muelen materias más nobles: el co-

bre, sangre de nuestra geología; la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas: en la montaña un poco mágica de Andacollo, el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trazado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve, ni hace falta; tiene el pecho ancho, labrado por el gran resuello; cara de matador de piedra, y cuando se endereza de calar y descuajar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo suelo, y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

*

Salir ahora, echando la oreja en flecha tirada al Sur. Hay primero un alborozo de puerto, del puerto mayoral del Pacífico, que mentamos con donoso nombre español: Valparaíso. Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costras tropicales de la falta de un puerto patrón y patrono de aguas; pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundo de San Francisco; Valparaíso cumple por la costa sudamericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía, arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picantes interjecciones marineras, Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados. Lo que lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa que en

poco más también se hará por nosotros mismos, territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y expolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es un agua digna de griegos, brava y humana; ni el caldo hirviendo del Ecuador ni la plancha mortecina del Círculo Austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos. Quién navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

*

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído como el ojo, cambia con gusto de pasto y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre precioso: en el Llano Central, gloria botánica de Chile. El valle del Rodano es más corto; el del Po lo mismo; el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de los limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí; los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes agitados, se hallan distantes. Es el clima por excelencia de Ceres, seguro, estable: clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma; allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre; una luenga faja verde, sin llaga de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riesgos suficientes, que dan nuestras aguas de ingeniería en canales lentos y eficaces. Los rectángulos pulcros de granjas, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viñas, y más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de color y aroma, departamentos frutales, distritos graneros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñedo ni pomareda mejores que los del Valle Central de Chile.

Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romano-españoles, con su crujido de queja de hombre; pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola luciente

y rápida que pasa con un chischás de banda de langostas o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshieren, podan y vendimian entre canto y comentario. En el vocerío de la trilla clásica de Aconcagua o Chillán, y en la algaraba de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí si las voces del "homo" y la "fémica" son diversas como dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedrusco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que sólo diga; es el habla sudamericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos; pero la retenemos contra Geografía y destino y debemos decirlo.

En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el gran estrecho. Hacia el interior, apenas poblado, hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los tímpanos en el último mar. De cuando en cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrear, con dos o tres notas quebradas y subidas.

Y en las estaciones malas es el viento patagón bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desesperada sobre la llanura sin atajo, en una carrera de búfalos rompedores de unas praderas entregadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde paca la oveja innumerable, que bala a la tierra verde, su madre y su costumbre. La oveja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y de desolación.

El Mercurio, 21 de octubre de 1931

Santiago de Chile.

Geografía humana de Chile

Podría decirse que hay tres órdenes de relieve en Chile; un orden mítico, que correspondería al desierto de la sal, porque mito parece en su absoluto; un orden romántico, en la zona confusa y retorcida de los valles transversales y en la de los archipiélagos del sur. Y al centro, el orden clásico del Valle Central.

O si se quiere, nuestro territorio sería una jarra, sostenida por dos asas serviciales y absurdas a la vez: la Pampa Salitrera y los archipiélagos australes: el asa que arde y el asa que hiela.

La pampa del salitre

Chile se abre en la Pampa del Salitre. Una de esas guerras entre colindantes, de las que ninguna patria parece haberse librado, guerra corta como las que se dan entre hermanos, nos cedió esta especie de reino de la sal, único en el mundo por su extensión. Una leyenda del Salitre, buena para texto escolar, vale decir, para niños, podría escribirse así:

Cierto lugar del mundo recibió como destino una costra terrestre despojada de toda gracia vegetal y de toda ternura de agua. Esta región es más calva, si cabe, que su cordillera vecina y hace una rara pausa o paréntesis de vacío entre dos zonas fértiles. Su color es de un pardo blanquecino y desabrido, cuando no es una reverberación de sol. Su aire se reseca tanto que rompe la roca o el caliche en cascajos; su tacto es como el de la bestia enferma, una pelambre de jaramagos a medio quemar. Toda ella parece el engendro de un aguafortista calenturiento. Sólo alzando los ojos se encuentra, como alivio de esta penitencia, el cielo azul, enjuto y puro, don de su misma sequedad, y hay en su altura de meseta la calidad tónica que violenta y fuerza el organismo para que dé todo de sí, pero que lo deja a la larga fortificado por la prueba. Nuestro pampero dice, en elogio de su desierto implacable: "Aquí ni los muertos se pudren". Y así es: Sal y aire seco conservan los cuerpos como los sacerdotes del Dios Rah conservaban el de los Faraones. El hombre vivo, con más razón, no toca ni aspira podredura en ese ámbito de pureza tremenda de la Pampa Salitrera. La sal es una especie de genio protector que preser-

va a su hombre de la decadencia y la degeneración, y esta realidad del salitre vulgarísimo vale por el más bello mito.

El grumo salino, feo y gris, guarda el secreto o sésamo de la fertilidad, y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas, que afligen al planeta. Aquel desierto tendido en una extremidad del mundo, viene a resultar el padre de la mejor cosecha de trigo en el Egipto, o dobla los racimos en las cepas italianas, o rehace el limo anémico de las hortalizas en cualquier granja auropea. La pampa salitrera paga con su desgracia, como santo penitente, el logro de los hombres cuya cara no ha visto nunca, y un poeta podría llamarla *el Cristo desnudo de la tierra*.

La Pampa se quema de su propia virtud, como ocurre con los dones excesivos. Ella no conoce la piedad del río ancho, que desaltera las arcillas en la misma medida en que el sol las abrasa; ella recibe, a lo más, la humedad tardía que le pone la "camanchaca", una niebla ni espesa ni frecuente. Su propio bien resulta su castigo, y si en la geología hubiese, como quería el hombre medieval o imaginaba Ruskin, en la Etica del Barro, un sentido y un dejo morales, esta región estaría bajo el orden penitencial que remata en el perfecto despojo.

La vida en la salitrera inicial, el comienzo de su explotación y el sacrificio del peón chileno sobre ese cuadrilátero de calentura y de sed, me han hecho muchas veces acordarme del *motivo* de Rodó que se llama *La Pampa de Granito*.

Recuerdan ustedes que el Espíritu de la Voluntad lleva a tres niños hacia un desierto de piedra y les manda que reúnan un poco de polvo, de viento y de agua. Un niño araña en la piedra y responde que nada encuentra. El Espíritu Voluntarioso le ordena que lo recoja del viento, en su lengua. El segundo llora, encima del puñado de tierra, y así logra un terrón húmedo. Pero falta semilla que sembrar. El tercer niño espera la semilla volandera que viene en el viento.

Es así como nace y brota la primera hierba del desierto; la prueba ha costado a los fieles una vejez prematura; sus cabezas blanquearon y sus cuerpos quedaron enjutos, en hueso y pellejo.

Este símbolo de Rodó es válido para contar la historia de los primeros campa-

mentos, y con más razón, de las primeras ciudades nuestras en la zona salitrera. Donde la tierra, la atmósfera y el sol parecían gritar un triple "no" al pobre "cateador, y otra vez "no" al que plantaba las tolderías de campamento; los dos testarudos acicateados de aquella negación respondían "sí" con su cuerpo y su alma.

Así nacieron Iquique y Antofagasta, y gracias a esa prueba existen. Sólo que la raza no salió decrepita sino salva de la aventura.

La Europa, que apenas sabe de nosotros, y el Asia, que tampoco nos ve la cara, nos conocen bajo las especies de nuestro misterioso nitrato: Chile se llama para el mundo "El país del Salitre". La América Latina que nos toca, suele considerarnos como a otra sal que, mascada, da un sabor áspero y algo desagradable, pero que tiene el nombre bueno y honrado de Voluntad, de la dura voluntad chilena, de la terca volición vasco-araucana.

Valle Central

El europeo que, a pesar de su cultura especializada, tiene un ojo primario para revisar las cartas geográficas de los Continentes que no son el suyo, se acerca a Chile pensando que va a encontrar allá adentro sólo un laberinto infernal de montañas. Si llega por vía transandina, él recibirá en el paso de Uspallata, de golpe y entera, la épica andina, y prolongará su aventura visual y respiratoria hasta la ciudad bien nombrada de Los Andes. Las alturas lo toman y dejan por turnos, le roban el cielo y se lo devuelven; lo ciegan de obscuridades para deslumbrarlos en seguida con el resplandor crudo de la nieve. Pero el turista novelero sale después de seis horas de la montaña y entra en la provincia de Aconcagua, que lo encaminará hacia el Valle Mayor. El viajero sabe, por fin, que el país de Chile no es únicamente la selva unida de piedra que se imaginó. Su viaje obligado de Santiago a Puerto Montt le ofrecerá la realidad del Llano Central de Chile, verdadero aposentamiento de la chilenidad.

Todo el romanticismo de la montaña de un lado y del mar del otro, se agota y cede al tocar este llano. Es la región más claramente vista por el avión, que vuela el territorio; es también la única que en nuestro mapa no se borrona de cordones montañoses. Física, y gubernativamente, Chile es el Llano Central.

Decimos, de las regiones dulcemente lla-

nas de la Tierra, que nos dan el deseo de caminarlas a pie, o de volarlas, al estilo del Mercurio de Juan de Bolonia, que tal vez sea el andador perfecto, pues aunque sus tobillos lleven siempre alas, él guarda sus pies de buen andador. Nuestro largo Valle es de estas tierras caminables como un *stadium* o una pista, de los que se diferencian solamente por su voluntad de longura, por su estiramiento en corredor terrestre.

Ese Valle se alarga en la extensión de diez provincias cubriendo casi la mitad del país, y es la templanza misma, el clima mediterráneo de Europa con sus estaciones moderadas, la sede frutera del país, la patria del viñedo, del durasnal, de la pomarada y los trigales araucanos. Nada de pelea minera con la roca atajadora del arado y con la estrechez mezquina de las hondonadas. El jadeo del chileno norteño se acaba con Santiago, con una ancha respiración aliviadora. Es posible que, a faltarnos esta columna vertebral del valle, voluntad unificadora de nuestra geología, nos hubiese costado mucho llegar a la unidad política y moral. Con lo cual el Valle, también por este capítulo, viene a ser el autor tanto orográfico como moral.

El habitante de las diez provincias centrales es un hortelano natural, llevado al cultivo de la flora mediterránea por la blandura del clima que le tocó en suerte y por la condición fértil de aquellos limos. Estas provincias producen viña y frutales, como la pampa argentina produce hierba y coníferes la Escandinavia. Durante muchos años, los chilenos consideramos el huerto como un simple abastecimiento de nuestra mesa; el huerto era una donosa institución familiar. Pero hace cuarenta años el agricultor, entregado a su famoso comercio viñatero o a la explotación de sus maderas, se dió cuenta de la circunstancia feliz de tener hacia el norte el Trópico americano, que es un repertorio brutal diverso y opuesto. Los agricultores iniciaron entonces las exportaciones; el ensayo afortunado cubrió la costa pacífica y luego tentó suerte en Estados Unidos y en Europa, con resultados más excelentes aún.

La geografía del Valle Central cambió entonces bruscamente; el huerto avanzó provincia a provincia, y yo diría que con la complacencia del suelo y del habitante. La faena hortelana resulta tan amable, que no sólo el hombre, sino la mujer, se han incorporado rápidamente a ella.

La exportación frutera ha salvado al país

en la crisis del salitre y ha asegurado la economía contra el porvenir oscuro de nuestra sal, postergada malamente por el nitrato artificial.

Haciendo yo una especie de mapa medieval de Chile, me represento las regiones según ese estilo, personalizándolas en una bestia o en un cultivo. En este mapa ingenio, el Valle Central es un largo sonrojo de huertos en flor, que me hace señales debajo de la Amazona Cordillerana; es una especie de avenida de blanco-rosado, que corre desde el río Maipo al río Bío-Bío, y es que la acuarela dichosa que me regaló cierta primavera de Traiguén, donde yo caí de golpe en una floración de cerezos cuya gloria valía por la primavera del Japón.

Parece que los hijos de cualquier tierra la queremos, no sólo abastecedora, sino hermosa, y cuando yo leo en mi oficina consular una estadística de comercio frutero, las cifras anchas se me vuelven un despliegamiento de huerto, que corre leguas y leguas, como si fuese la sabana misma de la diosa Flora. La patria de piedra se me transforma entonces en una explosión de luz; el áspero semblante mineral del país se vuelve un tendal de fruta que espera su embalaje al sol.

Cuando dije de este Valle que es clásico, no pensé solamente en la sencillez tónica de su aspecto, sino también en ciertas suavidades latinas de su costumbre. El campesinado de la región vive una manera tradicional, en fiestas criollas como la feria de Chillán, la trilla y la vendimia o el rodeo del ganado. La linda artesanía del choapino araucano, en esta región sigue haciéndose sobre los telares indios.

Al extremo de este Valle, donde la resistencia pertinaz del araucano conservó la selva hasta hace cincuenta años, hemos llevado una masa de inmigración germánica, y así dos o tres provincias conocen la convivialidad del chileno y alemán. La gente germana aceptó trabar la lucha contra el bosque testarudo; llevó a él los aserraderos, taló y quemó, desposeyendo de su reino a la *araucania chilensis*, al alerce y a la patagua indígena, a fin de crear un reino benévolo del trigo, de la cebada y de la patata, alimentadores de gentes.

Este Valle Central que os he alabado como una tierra de idilio, ha sido sin embargo, la zona de nuestra reciente tragedia: podría decirse que ella nos ha herido en el plexo solar del territorio. Esta Arcadia dul-

císima despertó un día despechada por la fechoría telúrica y vio raída entera su vieja ciudad de Chillán, patria de nuestro O'Higgins, y magullada como un cuerpo mártir la capital del sur, Concepción, centro de nuestra vida espiritual más fina.

No cayeron al Valle los torrentes de lava ni la lluvia clásica de ceniza que acompaña a las erupciones volcánicas. Pero no hay duda de que los volcanes son los autores de la tragedia. Vivimos sobre el espaldar de fuego de nuestra Cordillera. Las masas de granito y metal, y además la nieve impávida nos hacen olvidar demasiado la tragedia paternidad andina, nuestra geología, que se resuelve en la pelea entre la peña defensiva y el fuego combatiente.

El Valle Central se recorre bajo la presencia constante de los volcanes, patronos verticales. Su rosario gigante se anuda en la provincia de Santiago y después se afloja, un poco, pero no se interrumpe. Y es tan grande la belleza de estos mayores nuestros, llamados "Cheruves" por el araucano, que no sabríamos odiarlos ni ahora mismo que su cólera nos ha tumbado veinte pueblos.

Nuestros ojos tienen el hábito de ver esas cumbres como de ver nuestro tipo racial; el paisaje de Chile es, ante todo, la espalda de la Cordillera o el énfasis del volcán aislado, más bello aún que aquella en su perfil de persona, diferenciada.

El Volcán Chillán es uno de los más toscos. Su secreta calentura la bebemos en unas aguas termales famosas. El Villarrica posee una forma tan pura, que deleita, junto con la vista, el entendimiento, y todo los viajeros lo asimilan al Fugiyama. Más al sur aún, el Osorno es otro arquetipo de volcanes, con su estampa de Carlomagno en reposo. El Tronador, anchuroso, que tumba siempre, no de fuego, sino de avalancha de nieve, parece una aglutinación de cuerpos. El Techado, del exacto nombre, parece un techo fantástico pensado por un albañil divino.

El chileno, como el japonés, pelea con el destino bajo las especies del fuego y no se sabe quien tiene en jaque a quién. Aunque lleve en sí un trasiego de mitología india, el hombre de Chile, naturaleza activa por excelencia, después de cada terremoto, reconstruye las ciudades y restablece los cultivos, con una confianza pasmoso y con gran desdén hacia la traidora del suelo, pues él sabe que entre dos catástrofes corren muchos años.

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo.

Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas. El manoseo de las ruinas no es achaque de la chilenidad de esta hora, doliente y no derrotada, y que trabaja con el brazo válido y llevando encabelgado el otro, al cual no mira, porque no quiere ver su sangre y llorar.

La Patagonia

En el Golfo de Reloncaví, el Valle Central desaparece al acabarse la continentalidad. En este punto se abre una pelea del mar con la tierra, de lo neptúnico con lo volcánico, toda una lucha espectacular entre dos elementos. Comienzan allí nuestros archipiélagos australes, una corrosión colosal de la tierra por el océano bravo, al que por ironía llamamos Pacífico. Parece que la Sudamérica del destino tropical y templado, rehusando alcanzar al Círculo antártico, por horror del hielo, quiere rematar en ese punto y aniquilarse en la antesala de los témpanos.

Cuántas islas tenemos entre los grados 41 y 55. Le he dicho a un ballenero danés, que ha atravesado este mar a diestra y siniestra, y me ha contestado él, que contó las de su patria insular: "Señora, en estas mil millas encontrará Ud. tantas como para cansar el antojo del más paciente".

Otro hombre de la Patagonia me decía, sintiendo el apetito del suelo ancho que tienen los ganaderos: "Habría que coser esta tierra aquí a Llanquihue; parece un tejido echado a perder". Y le respondí, riéndome, que, por mi gusto, yo soltaría todas las tierras unidas. El archipiélago me gusta tanto como a los chilotes, cuya fortuna es la pesca que la marea les deja tendida en su costa tan mascada por el mar.

Las mayores constelaciones de islas o las tierras más sensibles llevan nombres a veces legítimos de exploradores, a veces de héroes nuestros que no las conocieron; una que otra vez, a la brasilera, se le han dejado sus bellos y genuinos apelativos indígenas.

Esta es la patria de la ballena, la nutria

y el lobo del mar, y, sobre todo, el lugar mágico de las grandes masas de pájaros marinos. En la emigración cubren el cielo, y hacen, al pasar, el eclipse del sol, que nuestro Pedro Prado ha contado en un poema magnífico.

Parecía que nuestro suelo volvería a levantar su cuerpo dominante y tenaz, pero la Patagonia existe del otro lado de la tierra rota, con la pertinencia de la Cordillera que echa sus últimas estribaciones.

Después de la navegación fantástica por un mar acribillado de islas verdes, como quien dice de sirenas geológicas, asomadas hasta medio pecho, se llega a un curioso país manso y seguro, de llanura extendida. Es el asiento de nuestra ganadería; es la zona en que un suelo común hace el gemelismo de argentinos y chilenos; una parte pequeña es estepa, otra son grandes pastales rasos, donde, por primera vez, el ojo nuestro no es atajado por la montaña arrebatadora del horizonte. La vista chilena sólo en el desierto norte y en este llano patagónico posee el desahogo grande, que da al ojo la euforia del cielo ilimitado.

En estas soledades de la Patagonia, sólo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas. Los árboles de la floresta castigada del Dante, allí me los encontré, en largas procesiones de cuerpos arrodillados o a medio alzar y me cortaron la marcha en su paso de gigantes en una penitencia sobrenatural. El viento no tolera en su reinado patagón sino la humillación inacabable de la hierba; su guerra con cuanto se levanta deseando prosperar en el aire, es guerra ganada; sólo se la resisten la ciudad bien nombrada del navegante y las aldeas de pescadores refugiadas en el fondo de los fiordos o en refugios a donde él llega un poco rendido, como el bandolero hecho pedazos.

Pero esta patria del pastel bajo es la de nuestra riqueza más fácil: La oveja pide apenas unos grupos de pastores, y después de la esquila y la matanza, los frigoríficos mantienen en esta zona, que el europeo cree de penuria, una riqueza constante mayor que la de nuestra pampa salitrera.

El turismo ha empezado a descubrir la extraña hermosura del ángulo del mundo que se llama la Patagonia. El verano ofrece allí las noches que se prolongan con un crepúsculo inefable, hasta las veinticuatro horas; las auroras australes son un espectáculo de ensangrentamiento arrebatado del cielo, y el furor del viento, otro espectáculo soberano que han contado en páginas preciosas los grandes geógrafos europeos.

Final

Hay en España una región nombrada peyorativamente con nombre fidelísimo: se llama Extremadura y es una tierra de estepa, relegada a un tiempo de España y Portugal. Algunas veces he pensado que los descubridores pudieron dar el mismo nombre a Chile, en relación con la América. Extremadura pudo llamarse, lejanía y rudeza, dificultad y apartamiento. Lo llamaron con el nombre de Chile, salido de vocablo indio, que dice nieve, o tal vez de una palabra onomatopéyica, que imita el trino de un pájaro.

La posición extrema nos condenaba, como a la Australia, o la Alaska, a vegetar pardamente en el fondo de nuestros valles cordilleranos, sin exhalación alguna hacia un Continente que se place y se complace en llanuras y valles anchurosos. Deberíamos haber sido angostamente nacionales, y hasta regionales, y haber renunciado a esa gran honra que es la influencia moral en la vida de la raza común.

No aceptamos la suerte geográfica ni aun en lo interior: hemos forzado las diferencias de zonas hasta volverlas acuerdo y reducido su diferencia a una unidad, por medio de ferrocarriles y de navegación caletera. Respecto a lo internacional, con el avance pausado y seguro del minero en el túnel, hemos hecho de nuestra posición extrema uno de los núcleos de la América Española y trocado la dureza de nuestra Cordillera en peana, que a la vez nos sostenga y nos aúpe, en rebeldía contra la cautividad que nos daba la muralla andina.

La chilénidad es un gran despejo espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanidad total. El país que llamaron "el último rincón del mundo" crea una especie de

fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes. La historia de Chile, expresión de nuestra conciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica.

La América Ibero parece tener, como un barco futurista, tres proas: la del Brasil, a medio cuerpo; la austral, argentino-chilena, y una proa sobre el Mar Caribe tal vez en el cuerpo de México o en el muñón de Cuba. Son vértices de tres espíritus latinoamericanos diversos, pero no son, a Dios gracias, unas proas rivales ni navegan hacia distintos derroteros; diríamos, jugando en serio, que no están vueltas hacia el mar, sino hacia el corazón del Continente, porque la aventura que buscamos es ahora la propia, la realización de una raza latinoamericana.

Nos ocurre algo así como el trance del flechero mítico: "¿Hacia dónde ojeas, qué buscas en el cielo con el arco enderezado?", le preguntaron al mozo de la flecha. "La bandada de pájaros pasó". El mozo contesta: "Yo lo sé; apunto a mi propio corazón haciendo que miro al cielo, y a él apunto, no para matarlo, sino para mantenerlo alerta y vigilante".

Y parece que pronto nosotros, latinoamericanos, ya no tendremos muchas bandadas de cigüeñas europeas que seguir con intención de aprenderles el vuelo universal, porque Europa parece que ya no ama la universalidad. Nuestra moral, que será la paz, y nuestra justicia social, que será la cristiana, bastarán para hacernos dichosos, honorables y además grandes.

La segunda emancipación de la América Ibero, mucho más real que la otra, despunta en el horizonte, no a causa de la llamada decadencia de Europa. Alertas como el flechero, nosotros necesitaremos vigilar el rumbo de las cigüeñas europeas que quieren reaprender el rumbo oeste, el cual no les conviene, porque tal vez aquí morirían, antes de alcanzar a hacer nido...

Boletín de la Unión Panamericana,
abril de 1939.
Washington.

Recado sobre el Copihue Chileno

La trepadora clasificada con el nombre galo-latino de *Lapageria Rosea* es primero la sorpresa, luego el deleite, de exploradores y turistas que alcancen los bosques del sur de Chile.

Los geógrafos llaman Trópico Frío a la región, y aunque el mote sea contradictorio, corresponde a esas verdades que llevan cara de absurdo; la australidad chilena es húmeda y helada; pero se parece al trópico en la vegetación viciosa y en el vaho de vapor y de aromas. Por esto no hay viajero que alcance a Chile y se quede sin conocer nuestra selva austral, y ninguno tampoco deja la región sin buscar el copihue araucano hasta dar con él.

Los textos escolares azoran a los niños con este dato: El copihue, indigenísimo, se relaciona por el nombre con... la Emperatriz Josefina Bonaparte. Yo me escandalizo de ello tanto como los niños, pero son los sabios quienes bautizan; el Adán científico no nace todavía en la gente criolla y fue un francés quien bautizó a nuestra flor sin mirar a su piel india... Menos mal que Josefina fue una francesa criolla de Martinica... Quédense en los textos escolares el apellido latino; dentro de Chile no se llamará nunca sino "copihue", mejor con la h que con la g que algunos le dan. (La "h" aspirada, bien querida del quichua-aimará, es más aérea que la gruesa "g"; parece el resuello de la cosa nombrada, la acaricia y no la daña).

La flor del copihue sube en tramos bruscos de color, desde el blanco búdico hasta el carmín. Las flores rojas llaman a rebato; las rosadas no alcanzan al sonrojo y las blancas penden de la rama en manitos infantiles. La popularidad se la arrebató el primero, en un triunfo que parece electoral; pero yo me quedo con el vencido, es decir, con el copihue blanco y su pura estrella vegetal. La preferencia torera del rojo es la misma que ganan el clavel reventón y la rosa sanguinolenta, sólo por el guiño violento.

La campanula estrecha, más tubo que campana, mima el tacto con una camelia. El largo suspiro del copihue no se exhala al aire, cae hacia los follajes a la tierra; en vez de erguirse, él se dobla con no sé qué dejadez india, a causa del pecíolo delgadísimo. La laciudad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o la grimea su flor.

Más perseguida que el huemul¹, la enredadera ya no se halla en la selva inmediata a los poblados ni a las rutas. El buscador tiene que seguirla por los entreveros, pero la encontrará con más seguridad que al dudoso cervatillo chileno².

Echada sobre el flanco del laurel; a veces gallardeando desde la copa y cubriéndola, hallará a la muy femenina, cuyo humor es de esquivarse y aparecer de pronto. A grandes manchas, o en festones colgantes, o en reguero de brasas, el copihue estalla sobre los follajes sombríos y pára al buscador con sus fogonazos, que suben por las copas, corriendo en guerrilla india.

La trepadora rompe la austeridad enfurruñada del bosque austral; lo desentumece y casi lo echa a hablar. El acróbata de los robles y el bailarín de las pataguas hostiga a sus árboles-ayos con el torzal de cohetes ardiendo. Menos violentas que las guacamayas, pero en bandas como ellas, las colgaduras del copihue alborotan y chillan sobre la espalda de los Matusalenes vegetales.

Me conmueve la metáfora popular que hace de nuestra flor la sangre de los indios alanceados; pero yo no quiero repetirla para no mentirme. El copihue no me recuerda la sangre sino el fuego, el cintarajo del fuego libre y la llama casera; el fuego fatuo y el diurno; el bueno y el malo: el fuego de todos los mitos.

La enredadera-tábano, picando la selva, hace trampas como todos los espíritus ígneos: es el duende en escapado por los follajes; es el trasgo burlador y también la salamandra ardiendo. ¡Qué santones impávidos resultan los arbolones mordidos aquí y allá por las pinzas rojas que lo atan y desatan con su alambrería abusadora! A veces se ven el alerce o el canelo igual que Guilliveres, mofados de la trepadora que los zaranda por las greñas.

¡Mañosa y linda la fuerza suya! Aunque apenas garabatee al gigantón con su raya, atrapa los ojos y hace olvidar al árbol entero. En cuanto lo divisan el niño o la mujer, ya no miran al tutor; sólo al intruso que se balancea en lo alto, medio-lámpara, medio-joya. Razón que les sobra: únicamente en la orquídea, el Dios cincela-

¹Especie de ciervo chileno.

²Hay discusiones sobre si el huemul se extinguió o existe todavía.

dor hizo más y mejor que en el copihue de Chile (Y estas dos parásitas próceres que corren su maratón de campeones florales, coinciden en la gracia de su elegancia y en la desventura de carecer de todo olor)¹.

El copihue maravilloso y maravillador ha debido crear sus mitos: es seguro que anduvo del Bío-Bío al Bueno² en cantos de amor y de guerra que desaparecieron. Cuando el indio pierde la tierra lo demás se va con ella o se arrastra un tiempo sobre el polvo antes de acabarse.

Los poetas celebran constantemente la escarpela botánica y nacional. El penquista³ suele decir: "Verdugo Cavada dijo el copihue y Pérez Freire⁴ lo hizo cantar" Así es: el mejor de nuestros músicos populistas cogió la consabida corola roja y la aventó a los aires en una canción que corre de boca en boca desde la Patagonia a las islas Aleutianas.

Después de la canción afortunada han llovido las honras sobre la enredadera austral: los maestros rebosan lo botánico contándola en un regusto de amor y predicán la flor local en una especie de catequización patriótica. Los lápices infantiles se regodean en su forma y el copihue se hombría en los cuadernos de dibujo con la bandera nacional repitiendo uno de sus colores y hasta en competencia con su estrella...

En poco más llegará a los "stádium" y los "auditórium" de las Universidades a coronar a campeones y togados en los días de solemnidad. Las mesas de Lúculo servidas en los banquetes oficiales ya la tienen por "sendero" o "pasadera" o franja de sus manteles (Tanto como el copihue resulta inhábil para búcaro y ramo, es válido para guirnalda; más que esto, él es la guirnalda natural y por excelencia, lograda sin

la rosa clavadora y sin el jazmín duro de arquearse).

Esta pasión está bien fundada como el buen amor: el copihue tuvo la humorada de nacer y darse sólo allí, en la extremidad chilena, donde el globo terrestre se encoge en una última curva brusca, se enfría sobre ella, y antes de acabar se angeliza en helechos, musgos y copihues, asustando, con su fuego, a las nieves vecinas (Así asustarían a Magallanes las fogatas del último Estrecho).

Procuraré decir mi copihue indio, y decirlo por regalárselo a quien lea; y me doy cuenta al terminar de la inutilidad del empeño. Nadie da en palabras ni la flor ni la fruta exóticas. Cuando un mexicano me contó en Chile su "mango" de oro, y no recibí contorno ni jugo de la bella drupa, y aprender es sólo recibir; cuando en Puerto Rico me alabaron la poma-rosa, tampoco entró por mi boca el bocado oloroso ni crujió entre mis dientes. Es la voluntad de Dios que cada fruta y cada flor sean iniciaciones directas. "Saberlas" quiere decir aspirarlas y morderlas; y como para mí la novedad de cada especie frutal o floral vale tanto como la de un país, y nada menos, digo a quien leyó, que, si desea tener el copihue chileno, vaya a verlo a Cautín, y no lo compre en las estaciones de ferrocarril sino que llegue hasta el bosque y los desgaie allí mismo con un tirón ansioso... No vaya a creer que supo algo porque leyó dos páginas acuciosas e inútiles de la contadora que hizo este Recado en vano...

La Nación, 5 de septiembre de 1943.
Buenos Aires.

Recados contando a Chile. Págs. 224-227.

Chile y la piedra

El chileno no puede contar como un idilio la historia de su patria. Ella ha sido muchas veces gesta o, en lengua militar, unas marchas forzadas.

Esta vida tal vez tenga por símbolo directo la piedra cordillerana. Cuando yo

supe por primera vez que existían unos Andes boscosos, una cordillera vegetal, me quedé sin entender. Porque los Andes míos, aquellos en que yo me crié, aparecen calvos y hostiles y no tienen más sensualidad de color que su piedra, ardiendo en violeta o en siena, o disparando el fogonazo blanco de sus cumbres.

Al decir "Los Andes", el ecuatoriano dice "selva"; otro tanto el colombiano. Nosotros, al decir "cordillera", nombramos una materia porfiada y ácida, pero lo ha-

¹Existen muy pocas orquídeas aromáticas.

²Los dos ríos mayores de Chile.

³Nombre del habitante de la ciudad de Concepción.

⁴No es Osmán Pérez Freire el padre de la melodía de *Los copihues rojos*, sino Juan M. Sepúlveda (N. del S.).

ce mos con un dejo filial, pues ella es para nosotros una criatura familiar, la matriarca original. Nuestro testimonio más visible en los mapas resulta ser la piedra; la memoria de los niños rebosa de cerros y serranías; la pintura de nuestros paisajistas anda poblada de la fosforescencia blanco azulada bajo la cual vivimos. El hombre nuestro, generalmente corpulento, parece piedra hondeada o peñón en reposo y nuestros muertos duermen como piedras lajas devueltas a sus cerros.

El lenguaje está lleno de sentidos peyorativos para la piedra, pero yo, hija suya, quiero dar los aspectos maternos que ella tiene para el indo-español. La piedra lo construyó todo en el Cuzco y en el Yucatán precolombinos, y en la Colonia española ella volvió a prestarse para levantar el templo, la casa gubernamental y las amplias moradas que todavía proclaman un estilo de vida de gran dignidad. La piedra es la meseta sudamericana, es decir, la aristocracia de clima, de luz y de vistas; ella regala los lugares más salubres, donde no existen la marisma ni la ciénaga, enemigas del aliento y de la piel.

Abandonada por cuatro siglos, la constructora parece ahora regresar, aunque sea molida, en la llamada piedra artificial, señora en Nueva York y en Río de Janeiro; vuelve ella restableciendo en el horizonte lo aquilino, lo avizor, el poder sobre el espacio y el alarde de la luz.

La piedra forma el respaldo de la chilénidad; ella y no un tapiz de hierba, sostiene nuestros pies. Va de los Andes al mar en cordones o serranías, creándonos una serie de valles; se baja dócilmente hacia la llamada Cordillera de la Costa, y juega a hacernos colinas después de haber jugado a amasar gigantes en el Campanario y en el Tupungato. Ella parece seguirnos y perseguirnos hasta el extremo sur, pues alcanza a la Tierra del Fuego, que es donde los Andes van a morir.

Pero, se dirá, la vida no prospera sobre la roca y sólo medra en limos fértiles. ¿Dónde escapan de ella para crear la patria?

Y la respuesta está aquí. Todos recuer-

dan los castillos feudales y los grandes monasterios medievales de Europa, cuyo muro circulante es de piedra absoluta, de piedra ciega que no promete nada al que llega. La puerta tremenda se abre y entonces aparece un jardín, un parque, un gran viñado y otros verdes espacios más.

Chile da la misma sorpresa. Se llega a él por "pasos" cordilleranos y se cae bruscamente sobre un vergel que nadie se esperaba; o bien se penetra por el Norte, y pasado el desierto de la sal, se abren a los ojos los valles de Copiapó, el Huasco y Elqui, crespos de viña o blanquecinos de higueral; o bien se entra por el Estrecho de Magallanes, y se recibe un país de hierba, una ondulación inacabable de pastales. Se avanza hacia el centro del país con el aliciente de esta promesa botánica y allí se encuentra, al fin, el agro en pleno del llano central, verdadero Valle del Paraíso, tendido en una oferta de paisaje y de logro a la vez. La región es nuestra revancha tomada sobre la piedra invasora, una larga dulzura donde curar los ojos heridos por los fijos cordilleranos.

El país llamado por muchos "arca de piedra", lo mismo que el cofre de los cuentos árabes, cela este largo tesoro. Por lo cual la clasificación de Chile se hace harto difícil. Allí existe tanta blandura de limos bajados de la mole cordillerana, y corre tanto resplandor floral a lo largo de las provincias centrales, y es tan ancha la banda de pomar que cubre el sur, que el clasificador simplista se ve en apuros: la piedra se retiró bruscamente hacia el este; el desierto del norte se anula como una ilusión óptica y el famoso Chile frío, de la nutria y los pingüinos se le deshace como un juego de espejos. Un sol semejante al que alabaron los poetas mediterráneos, brilla sobre el Valle Central, humanizando paisaje y costumbre, y la raza hortelana labra magistralmente, porque el chileno cuenta desde sus orígenes cuatro mil años de sabiduría agrícola vasco-árabe-española.

El Mercurio, 24 de abril de 1944. Santiago de Chile.

Recados contando a Chile. Págs. 228-230.

Ruralidad chilena

La tierra escasa.

En un valle donde el cielo es de tajada ya se comprenderá cómo es de chiquita la

tierra; si a lo menos fuese suelo vegetal todo lo que se ve, pero no hay tal. La roca viva que domina en lo alto se come en el valle grandes espacios.

Hay que decir que en cambio allí donde el suelo es vegetal está formado del más noble limo negro y suave, capaz de producir el año entero lo que le pidan y le siembren. Un metro de esa tierra vale por diez de los de cualquier parte. Una hectárea elquina hace el bienestar de una familia y da al jefe cierto aire de hombre rico. Aquellos cuadrados y rombos mediocres de las parcelas doblan el año cubiertas de hortalizas y de frutales o de la lonja mínima de pastos donde come la vaca familiar que adquiere casi la santidad de la vaca hindú. Una hectárea por cabeza de familia resolvería el problema económico del campesino de Elqui, si el horrible y desonesto latifundio no estuviese devorándonos y hambreándonos, allí como a lo largo del país entero. Pero la patriecita, la faja mínima de nuestro asiento, la arrollan las haciendas de "los forasteros", llamados así a los grandes propietarios rurales ausentes eternos de nuestra vida y presentes urgidores del trabajo de los campesinos. Claro está que no son aquéllas las haciendas del sur, que suelen cubrir medio departamento, sino pequeños fundos y hasta a veces simples granjas. Ni en esta forma temperada, sin embargo, debería existir la propiedad grande en ese pequeño corredor de cerros, densamente poblado.

Tal vez el amor de la tierra por el que la cultiva esté en relación con la dosis angustiada que éste la ha recibido, aunque Francia extensa y bien labrada, haga excepción redonda a la regla. El juicio conviene en todo caso a Italia, donde el suelo se va volviendo materia preciosa, y conviene más aún al Japón, donde diez metros cuadrados forman ya unidad válida.

El buen cultivador

El amor del suelo verde por la criatura elquina es cosa de contarse, porque no es común que gente blanca de la América estime el terrón viniendo de donde viene, de la España creadora y sustentadora de desiertos. Asegura Pedro Corominas que el sentido de la riqueza en Castilla fue siempre el de la riqueza mueble y suntuaria: interiores de nogales y caobas, de chafalonías y telas suntuosas. Los sudamericanos que lo oímos en Columbia University nos sabíamos aquello muy bien: la poca estima de la tierra grande o chica que se palpa en el español, la ninguna regalonería dada a ese asiento primordial de su vida, su olvido

de ella como de una atmósfera que no necesitase ser nutrida ni vigilada.

La gente blanca, mejor que mestiza, del valle de Elqui, ha debido aprenderse la asistencia del suelo por necesidad y tratar la tierra escasa como lo único que da la subsistencia. Del servirse de ella han ido pasando al servirla y al quererla.

Donde hay una abolladura, una cresta o una pelambre del suelo sin verdura alguna, es que aquello es roca viva; donde el elquino halla tres dedos de greda aunque sea mala, y posibilidad de agua, allí pone lo costoso o lo fácil: durazno o vides o higueras. Hasta medio cerro trepa la viña crespa y barnizada, y no va más alto porque se seca en los soles rabiosos de febrero; el grupo de higueras se sostiene de maravilla en unos sequedades de gritar. En cuanto a las golosinas de mesa, o sea, la hortaliza fina, por no desperdiciar en ella un cuadro de frutales, suelen ponerla en cajones cerca de la casa, lo mismo que al plantío de claveles y rosas.

Ellas si no han pecado, las buenas gentes, del pecado americano por excelencia que es la botaratería del suelo, la lujuria de la ocupación y la necedad del badiísmo. Si hay gentes que merecen en Chile un reparto agrario el cual corrija la ignominia de cuatro siglos de despojo del campo al peón, ésas son las primeras a las que habría que desagraviar por la vieja ofensa y que recompensar por las largas lealtades. El latifundismo chileno forma parte del bloque de la crueldad conquistadora y colonial; pero teniendo una porción grande, delito tiene más, mucho más aún de estupidez y de estupidez criolla. El gran pecador que es aquí el Estado, se exhibe con una imbecilidad verdaderamente "soberana".

Flora

Los cultivos dominantes los forman desde hace muchos años el durazno, la viña y la higuera, un trío bíblico y clásico de plantas que son de poca exigencia respecto de las calidades del terreno. La higuera, cenicienta de eternidad, se da con follaje graso y próspero a la orilla del río, aprovechando los pocos espacios de suelo horizontal que le ceden donde ponerse a hacer su tribu, el higueral, que es una de las más bellas colectividades vegetales. Pero lo más común es que le regateen ese suelo y lo reserven a los duraznos de la cosecha bien

pagada y que la pongan a medrar dolorosamente en barrancas y pedregales, donde la que abajo era matronalmente feliz, se vuelve el árbol trágico medio penitencia y medio rebelión, un poco desgraciada y otro poco demoníaca.

La viña acapara la mitad de los terrenos mejores, que son los de agua, sol y limos y es de las más dichosas viñas que yo he visto, no tan alta como la italiana que se balancea en sátiro danzante, tan sobria y apocada como la cepa francesa, sino una viña de altura mediana y de especies escogidas, porque las familias plebeyas se han ido reemplazando vigiladamente. Son las moscateles menudas y transparentes; las sanfranciscos gruesas y largas y las que allá llamamos uvas del gallo, grandotas y rendidoras.

El duraznero venía después de la viña y la higuera y ahora parece que se ha subido a la categoría de primer cultivo del valle, porque se ha vuelto en los últimos años la exportación más segura, a causa de la fama del descorazado¹ elquino.

Los duraznos de Elqui, como los cerezales japoneses, al comienzo de la primavera manchan de blancos y rosados violentos y rejuvenecen hasta la puerilidad aquel valle tan austero en su cañón de cerros trágicos. Es la fiesta floral de la quebrada, más fiesta por el color y la heredad de las masas vegetales que la de las frutas que vienen en seguida.

Amando yo muchísimos esos cultivos virgilianos en los que no falta sino el del olivar para que sea perfecta la página latino-agraria, tengo que decir que más se me aferran a la memoria los árboles salvajes del valle, que crecen sobre las crestas, en cualquier barranca y en todos los faldeos de montañas y de colinas.

Me acuerdo mucho y bien de esa segunda flora (que es la primera, por ser la indígena). El algarrobo está por todas partes, con su cuerpo de cacique, más hincado que plantado en la greda y la cal, con su tronco grueso y basto, que una goma brava le acocodrila, con su ramaje sobrio de mechales indigentes, en el que suenan las vainas casi metálicas de secas, y cuando está por el suelo, recién cortado, con su leño amarillento y de venas ensangrentadas, tan árbol chileno y norteño, tan nosotros mismos por su energía... y también por su desgarmo.

Gobierna las cuestas con el algarrobo el

espino; donde el uno ha hecho sede, está siempre el otro compartiéndosela. La misma calidad pésima del suelo les basta; en el mismo aire dan su olor, el uno de flores, el otro de goma exudada, y aunque es el algarrobo robusto de talla y el espino casi siempre enteco, los dos árboles son primos hermanos verdaderos por la aridez de que crujen y por la abundancia espinosa que crea esa sequedad.

Los espinos abundan en la colina más allegada a mi casa de Montegrande, mezclados con los cactus, con los piojillos², con una muchedumbre de hierbas secas también y de guedeja dura. Cuando venía el tiempo de la flor, yo me pegaba la hora y las horas al arbolillo feo de gesto, que me retenía con su aureola de dolor. El me enseñó tal vez la única astucia aprendida en la niñez; la de cortarle las ramas, y luego, ya con ellas en mis faldas, las flores, esquivando el millón de saetas. Tenía yo siete años más o menos.

A los veinte, a los cuarenta, la misma extrañeza mezclada de admiración me ha hecho manosear esa flor preciosa si las hay, que en el centímetro mismo tiene regalona la mano con la suavidad insigne de la borbosa gruesa de polen, casi polen puro, que es su corola, y tiene, al lado de esa mimosidad, casi dentro de ella, el racimito de espinas con el que se burla del que le cree en la blandura. Me intrigaba su diablería china... o latinoamericana, entonces; me intriga todavía... Niño o viejo, no hay quién huelga el espino florido una sola vez y que no se detenga siempre donde lo vuelve a encontrar, ya se camine a caballo, en auto, o a pie, por respirar un rato en las zonas de olor intenso y, sin embargo, mórbido, que él se crea en torno, verdadera aureola invisible de santo vegetal, pero de santo equívoco o de criatura maniquea, por lo garfiudo.

Aunque son estos los árboles que dan su fisonomía a cerros y a valles, aquello que no se ve de lejos y que apenas se percibe de cerca pudiese ser lo más real que tiene la quebrada en mi recuerdo: la muchedumbre de hierbas aromáticas, las hierbas apasionadas de las tierras áridas que, al caminar con descuido, como siempre se camina, no se advierten; las hierbas duras de briznas eléctricas que ha hecho el aire acérrimo, las pobrecillas aparragadas por el suelo, que echan en aroma lo que no

¹Durazno deshuesado y seco.

²Llamamos "piojillo" una zarza pequeña que arde crepitando fuertemente.

echan en bulto y que, por momentos, se vuelven las dueñas de la atmósfera y vencen a los lagares y a los huertos de durazneros.

Cuando yo me acuendo del valle, con ese recordar fuerte en el cual se ve, se toca y se aspira, todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros.

Una de mis penas será siempre el no saberlas nombrar. El profesor español Gili Gaya dice que, mientras el inglés, al atravesar una campiña de su país, sabe nombrar una a una las florecitas que le saltan al pecho o se le enredan en las piernas, nosotros, cuando nos tendemos en nuestras praderas, no sabemos que flores volteamos en la mano, y para salir del apuro, las llamamos "florecitas de los campos" con un cómodo nombre genérico... Es muy cierta esta vergüenza.

"Hierbecita de los campos"... Yo no sé nombrar con propiedad sino a las salvias, que, con el azul fuerte y el olor preciso, no se dejan confundir, y otra que sería lo mismo ignorar por completo: la "flor de San Juan". En cada tierra donde vivo pre-

gunto por ella y me dicen que la tienen; pero siempre me resulta otra. Me muestran flores de San Juan, coloradas, blancas y aun azules, siendo la mía de un amarillo débil y de la corola más suave y más lacia que puede darse. Cortada, no vive en la mano una hora, tanto sufre del calor; es grande, de pocos pétalos y su aroma, con el pan casero (el que en México llaman "pan de mujer"), es toda mi infancia rediviva¹. Daría yo no sé qué y no sé cuánto, por recuperarla, si no puedo en la figura, que parece que no la tenemos sino nosotros, al menos en el nombre devolvedor de las cosas. Si yo la tuviese mientras voy escribiendo, antes de ponerme a contar la costumbre rural de Elqui, ella sólo me acarrearía los materiales perdidos; ella sólo me devolvería entero lo borroso, lo extraviado, lo sumido, con su tacto de cutis de niño y con su olor delicado que es como el comienzo de un perfume a fuerza de pudor.

El Mercurio, 14 de mayo de 1933. Santiago de Chile.

Recados contando a Chile. Págs. 112-117.

¹En Chile también se le llama pan de mujer. (N. del S.).